



L'avenir

de Catherine Leroux

Traducción de
Iballe López Hernández

PRESENTACIÓN

En una versión imaginada de Detroit, Gloria, forastera en esa ciudad que ha vivido todos los finales del mundo, se instala en una casa medio muerta a fin de averiguar la verdad sobre el crimen que ha acabado con su familia.

Poco a poco la mujer va percatándose de la desolación y la violencia que la rodean, pero también de la resiliencia de los humanos y de la belleza de una naturaleza que recobra el protagonismo. En el seno de una comunidad tenaz y generosa, Gloria queda prendada de la complejidad de ese lugar donde los ríos sanan y envenenan; donde los niños fundan reinos en las copas de los árboles; donde las casas arden para volver a nacer y donde pasado y futuro se entremezclan en un mismo movimiento liberador.

L'avenir, un alegato por una humanidad renovada, sondea con una prosa potente y evocadora la profundidad de nuestra debacle, la obstinada persistencia de la vida y la fuerza de lo que está por venir.

CATHERINE LEROUX

Catherine Leroux nació en 1979. Tras ejercer diversos oficios, entre ellos el de periodista, en 2011 publicó su primera novela, *La marche en forêt*, que fue finalista del Premio de los librerías de Quebec. *Le mur mitoyen*, publicada dos años después, ganó el premio France-Québec, y su traducción inglesa estuvo en liza por el premio Scotiabank Giller. En 2015 obtuvo el premio Adrienne-Choquette con *Madame Victoria*. Además, cuenta en su haber con varias traducciones, como la de *No digáis que no tenemos nada*, que le granjeó un Premio literario del Gobernador General de Canadá. Desde 2020 es también editora en Alto.

Contact: Tania Massault
tmassault@editionsalto.com

Rights held: World

FRAGMENTO

Diez días después de la llegada de Gloria, matan al vecino en plena calle.

El ruido es lo primero que la sobrecoge: un choque seco como una tos vieja, como una viga que cede bajo el peso del desgaste. Un sonido a la vez breve y ensordecedor. Pero ese contraste le hace comprender que se trata de algo grave.

Cuando sale, la vecina ya se encuentra junto a la forma descoyuntada que yace en mitad de la calle. Gloria se pregunta cómo es posible que haya llegado tan deprisa. Treinta segundos antes, la oía mascullar en el patio de atrás tendiendo unas camisetas enormes en la cuerda de la ropa, una estructura compuesta de cuadrados concéntricos, dimensiones dentro de dimensiones. Probablemente sea uno de esos seres

capaces de desplazarse a velocidades inimaginables cuando uno de los suyos está en peligro.

Allí no queda más que un montón de ropa, como si la persona que la llevaba puesta se hubiese disuelto con el impacto. La mujer se inclina por encima, empuñando las telas con ambas manos. Desde que llegó a la ciudad, Gloria ha presenciado incontables escenas entre la vecina y el padre de esta. Como cuando él se escondió detrás del seto para zamparse una tarta de cumpleaños entera. O la vez que salió de la casa con un trapo en llamas. O cuando se sentó en pelotas al volante del viejo Pontiac que está aparcado en el caminito de entrada. En todas y cada una de esas ocasiones, la hija acudió a toda prisa, cogió al anciano por los brazos y lo condujo de vuelta a la casa al tiempo que lo reprendía. No debía salir solo, le recordaba ella, era peligroso. El destino ha acabado dándole la razón.

En mitad de la calle, la vecina grita: «¡Papá, papá!». A Gloria le parece que alguien debería acercársele, ponerle una mano en el hombro, murmurarle palabras tranquilizadoras. Pero en la avenida Clyde no se ve ni un alma. Agacha la vista hacia la pequeña escalera medio podrida, hacia sus pies estriados de venas. Entonces llega corriendo un hombre de barba entrecana. Se inclina sobre el viejo y hunde las manos en el revoltijo en que se ha convertido el cuerpo de este. Por sus gestos eficaces, Gloria deduce que es médico. Lo ve bajar la cabeza, quedarse callado y a continuación iniciar un masaje cardíaco, cuando en realidad sabe, cuando la vecina sabe, cuando Gloria sabe que no servirá de nada. La vecina llora sin emitir sonido alguno, con la boca muy abierta, como si intentara tragarse el horror. Se halla en ese punto en que las cosas aún parecen reversibles, en que la muerte es tan reciente que nos creemos capaces de anularla. La sombra de un pájaro pasa por la calle y Gloria intuye que se trata del alma del anciano. Se da la vuelta. Las piernas la llevan adentro. Todo su cuerpo está inmerso en una especie de éter. La muerte se ha apoderado del cielo.

Por las ventanas abiertas oye el resto: los sollozos, las llamadas, algunos parientes que llegan, sus conversaciones a media voz. Los ruidos de cocina, de papeles, de objetos que se cambian de sitio y vuelven a colocarse según el nuevo orden de las cosas. Pero no oye ninguna ambulancia, ningún coche de policía; no oye mencionar al conductor imprudente que se ha dado a la fuga ni hablar de justicia. De modo que era cierto. Fort Detroit se ha convertido en un lugar sin dios ni ley.

A la mañana siguiente, unas islas de bruma flotan por encima del vasto terreno baldío que se extiende como un prado detrás de la casa. Siluetas de jóvenes ciervos caminan en el horizonte cual funámbulos. Gloria sale al porche trasero con una taza de achicoria en la mano. Imagina lo que en otro tiempo se alzaba ahí.

Solo vino de visita en una ocasión, hace quince años. El año en que le salió la primera cana. En aquella época el porche daba a una hilera de casas decrepitas pero aún en pie. Desde entonces, las casas, abandonadas y luego quemadas, se han derrumbado. El suelo se encarga de masticar los restos.

Un chirrido resuena al otro lado de la cerca desdentada. La vecina está fuera, ella también ha escapado de una casa demasiado silenciosa. Gloria se le acerca.

—Lo lamento —murmura—. Lamento lo del accidente. Yo... Todas mis condolencias.

La mujer acoge sus palabras con un movimiento de cabeza. Su cuerpo, robusto, sigue de medio perfil.

—Es absurdo —añade Gloria—. Deberían poner unos guardias muertos.

La vecina resopla, esa especie de risa falsa que tiene la gente cuando ya no creen en algo.

—¿Quiénes? —replica—. ¿El ayuntamiento? ¿Los obreros? Ni el de la funeraria viene ya a domicilio. Tuvimos que pagarle a uno para que se lo llevara en una furgoneta porque el tanatorio se ha quedado sin coche fúnebre. Motor City y una mierda.

Aparta la vista y su rabia decae, agotada. De puntillas, Gloria regresa a la casa amarilla.

Por el efecto de las oscilaciones de la luz a través del ventilador, las sombras zigzaguean sobre la mesa, sobre los dedos de Gloria. Lleva una hora sin moverse. Se mira las manos, que fustigan lánguidamente los fragmentos de noche que llueven del techo. Podría pasarse días así. Eso es lo que le gustaría. Quedarse ahí, ante la mesa a la que Judith ya no se sienta, y contemplar esa lapidación indolora.

Sin embargo acaba acercando la mano al teléfono. Esta vez hay línea. Marca el número que se sabe de memoria, que le quema en las yemas de los dedos. «Ha llamado al servicio de policía de Fort Detroit. En este momento no podemos...». Cuelga. También se sabe de memoria ese mensaje, conoce hasta la voz insegura que lo transmite como si ya no supiera qué excusa dar a los ciudadanos.

Gloria pertenece a un mundo lento donde los acontecimientos se presentan de uno en uno. Le haría falta más de una vida para asimilar lo sucedido en esta casa. En el sitio del que viene, las cosas cambian de una manera tan imperceptible que resulta difícil distinguir el paso de los días y los años. Sin transformación aparente, el tiempo se estanca. Aquí ocurre lo contrario, corre al galope. Gloria tiene la impresión de haber envejecido diez años desde su llegada. No hay nada como la muerte de un hijo para proyectarnos a otra edad.

De pronto, una sombra diminuta asoma por debajo de la puerta de la despensa. Con un impulso fugaz, la silueta se acerca, olfatea, detecta la presencia humana y se queda muy quieta, como si eso la volviera invisible. Con la cabeza puntiaguda y el pelaje gris como una bola de pelusa, el roedor flota unos instantes sobre los motivos descoloridos de las baldosas y luego sale zumbando. Su trotecillo no produce ruido alguno. Gloria abre la puerta de la despensa. A decir verdad, aún no la ha explorado. Se trata de un armario largo y bien organizado. Los estantes pequeños para las especias, los medianos para las conservas, los grandes para la harina y el azúcar, los sacos de guisantes. Un lugar pensado para gestionar la abundancia, concebido para la generosidad. Gloria se zambulle en el olor a azúcar moreno y mostaza que se aferra a la pintura desconchada por pura nostalgia. Pues, aparte de las manchas calcificadas y de las alas de insectos adheridas a las esquinas, las repisas llevan décadas desiertas. La cocina es un vientre vacío. ¿Qué puede hallar en ella un ratón de campo? Sobre la mesa, las sombras del ventilador, en el que de repente incide un rayo de sol, se transforman en asombrosos reflejos. Uno de ellos escapa, trepa por la pared y la emprende con el papel pintado como la llama de un mechero. Antes de darse cuenta siquiera de lo que sucede, Gloria se descubre apagando la chispa que abrasa el papel abarquillado.

Al salir a hacer la compra, oye ruidos fuertes en la casa verde de al lado. Un estruendo blando de objetos arrojados de cualquier manera. Un gruñido sordo, una suerte de letanía exasperada. Ha vuelto a aflorar la rabia. Cuando enfila la avenida, ve salir a la vecina con una caja llena de ropa y accesorios de aseo. Sin dirigir una mirada a Gloria, la mujer la deja caer en la acera. Hay personas que necesitan borrar las huellas de inmediato. Otras prefieren habitar los vestigios, aunque tengan que llevar una casa a cuestas.

Llueven pétalos en las calles, alitas imprecisas que tardan en posarse. El lujo de las flores de mayo. Su futuro de frutos ácidos. Gloria se demora, desea que ese chaparrón se le enganche en el pelo. Desea entrar en la tienda y que alguien le hable de esa nieve primaveral, desea con toda su alma que le digan algo bonito.

Por el camino piensa en las ciudades que ha conocido. Ninguna se parece a esta. Ninguna, cae en la cuenta, es tan honesta. Las demás ciudades, constantemente vigiladas, restauradas, remozadas, alimentan la fábula de la inmutabilidad: las construcciones son eternas. En Fort Detroit ese mito ya no existe. La transitoriedad de los objetos, su fragilidad frente a los elementos salta a la vista. La calzada desaparece poco a poco, las aceras se desintegran. Los troncos desnudos que sostienen los cables de la luz se cubren de una nueva vida que

trepa y se incrusta en la madera porosa. Las casas han quedado destripadas, descuartizadas a causa del fuego y el abandono. La naturaleza vuelve para poseerlas; ellas se dejan devorar.

Gloria camina más de media hora, soñando con tarros de cristal repletos de arroz, harina y judías, ordenados por colores. En todo el oeste de la ciudad solo queda una tienda de ultramarinos que venda, ocasionalmente, fruta y hortalizas reblandecidas. Al llegar, divisa en el aparcamiento una estructura semejante a un esqueleto de chatarra. Un muñeco inmenso en forma de cerilla construido con materiales dispares. Este tiene el brazo izquierdo levantado como si quisiera saludar a los transeúntes. A sus pies, dos niños con uniforme escolar de color azul le devuelven el saludo ante la mirada divertida del padre. En el muro detrás de ellos, unos carteles rasgados dejan entrever mitades de palabras: SE BUSCA, H VIST? En todos faltan las caras de los desaparecidos como dientes caídos.

Gloria entra en la tienda con la esperanza de comprar algo de pan, pero solo encuentra preparado para tortitas. Nada de huevos. Leche tibia. Plátanos ennegrecidos. Se decanta por una lata de alubias con tocino, un frasco de remolachas marinadas y unas cuantas uvas pasas. De todos modos, desde hace varias semanas alimentarse es una obligación para ella. La comida rueda por su boca como si fuese gravilla.

Regresa sin prisas, admirando las casas que aún se mantienen en pie. Son modestas, incluidas las más señoriales, y la mayoría se ven abandonadas. Pero todas parecen agradecidas por seguir ahí. Respiran, cierran los ojos. Piden clemencia.

A la mañana siguiente Gloria se sienta a picotear sus tristes alubias con tocino mientras echa una ojeada al *Ciudadano libre*. La comida le recuerda a su abuela; el periódico, a los ancestros de la ciudad. En él denuncian el posible derribo de la torre de Le Lys. Cuentan que el inestable monumento fue encargado por el mismísimo Cadillac, aunque su construcción no finalizó hasta más de una década después de la muerte del fundador de Fort Detroit. Afirman que es la torre de Pisa de la América francesa. ¿Acaso se le ocurriría a alguien destruir la torre de Pisa? Acaba de llegar a la página del horóscopo cuando Francelin llama a la puerta. No necesita comprobarlo por la mirilla para saber que es él. Es el único que viene a verla. Gloria se esconde en la despensa y espera hasta que se extinguen los pasos del visitante. A continuación abre la puerta. Una pequeña pirámide de limones se alza en el umbral.

Fue Francelin quien vino a abrirla el día de su llegada. Al entrar en la casa, Gloria se preguntó por qué el hombre se había molestado en cerrar con llave. Estaba claro que eso no había frenado a nadie. Las ventanas

estaban rotas, al igual que casi todo lo que se hallaba en la planta baja, esto es, muy pocas cosas. El desorden se debía sobre todo a lo que se había traído a la casa después de destrozarla. Envases de comida, colillas, botellas vacías, un hedor abyecto.

—Muy típico de Fort Detroit todo esto. Dejas una casa vacía treinta segundos y puedes estar seguro de que a alguno le va a dar por cagar dentro —declaró Francelin señalando un montículo de excrementos en una esquina de la sala.

Ante la expresión atónita de Gloria, él se apresuró a recoger la mierda con una pala. Una sexagenaria de luto; la compadecía.

Joven y robusto, aquejado de un vitíligo que volvía su cara imperceptible, Francelin se había autoproclamado guardián de las casas abandonadas del barrio. Así que, con cierta autoridad, le ofreció visitar la casa. Como si Gloria no tuviera nada que ver con aquel lugar. Ella se negó en redondo a subir al piso de arriba y le aseguró que prefería terminar la limpieza sola.

Pero eso no impidió a Francelin volver al día siguiente con unas ventanas nuevas que instaló con increíble facilidad. Ella quiso pagarle; él protestó.

—Las he sacado de una muerta.

—¿Una muerta?

—Una casa muerta. Un lugar abandonado al que ya no va nadie. Lo contrario de una viva.

—Ah.

—Es un modelo estándar, muy fácil de conseguir —continuó él, limpiando las huellas de dedos que había dejado en los cristales—. Igual que las puertas, los lavabos, las lámparas... Son todos parecidos, o casi.

—¿Y las bañeras?

—Las bañeras también —contestó Francelin agachando la vista.

Le dejó un cepillo, jabón, una escoba y un par de bolsas de basura. La compadecía.

Gloria extrae el zumo de los limones con ayuda de un tenedor torcido. Lo diluye, añade una pizca de azúcar, un pellizco de sal, se sirve un vaso y sale al porche trasero. Al instante, la condensación perla el cristal, aunque tampoco es que el calor se deje sentir mucho. Es por la humedad, se dice Gloria, toda esa agua que sube de las masas de agua. Se sienta y piensa en el lago St. Clair, en el lago Erie, en el lago Huron. En los ríos Detroit y St. Clair, pasos estrechos como nacimientos. Imagina las fuerzas que emanan de ellos, que redefinen el clima y las fronteras.

Una presencia interrumpe sus ensoñaciones. Delante de ella, la vecina se balancea sobre los pies sosteniendo una cajita rosa. Gloria la recibe con un gesto de la mano.

—No entiendo por qué la gente se empeña en traerme postres. Toma. Unos pastelillos.

Gloria acepta la caja y sirve un vaso de limonada a la visita. Esta se instala en un peldaño de la escalera y deja vagar la mirada por el porche resquebrajado y los arriates llenos de esquirilas de vidrio.

—¡Caray, pues sí que le han dado leña! Aunque es un milagro que no haya ardido. Los lajas han sido clementes.

—¿Los lajas?

—Los drogratas, los yonquis. Por aquí los hay a punta pala.

Gloria ofrece un pastelillo a su invitada, esta lo rechaza con la cabeza.

—Me sube el azúcar. Esos chismes me van a matar. La limonada, por ejemplo, te ha quedado buena. No sabe redulece.

Tiene unos cuarenta y tantos, la espalda ancha, la mirada dura y una boca concebida para sonreír. Buena, terca, honesta. Tamborilea con los dedos en el vaso.

—So —continúa con un tono brusco—. ¿A cuánto te la han dejado? ¿Ocho mil? ¿Nueve mil? Venga, hazme reír con la miseria que has pagado por ella.

—No la he comprado. Es la casa de mi hija.

La vecina posa el vaso. Las corrientes de aire se vuelven más lentas.

—Lo siento —murmura.

Lo siente de veras. Su cuerpo cambia de aspecto, pasa de duro a blando. Ha reconocido algo familiar donde no lo había previsto. Apoya las manos en los muslos. La noche se deposita como migas azules sobre la ciudad.

—Ya verás, por aquí no queda gran cosa. Mucho maleante, algún que otro buenazo. Como Théo, el que intentó reanimar a mi padre. Es enfermero, ayuda a la gente con sus achaques. A Francelin ya lo conoces, es un tipo servicial, aunque a veces parece que le falta un hervor. Pero mucho maleante suelto. Deberías agenciarte un arma de fuego.

Gloria se encoge de hombros. No ha empuñado un fusil en su vida.

—Me llamo Eunice. Si necesitas algo estoy aquí al lado.

A la tenue luz de la bombilla, Gloria estudia los caracteres arrugados. Parecen sustraerse a la lectura. Libra, consigue descifrar. Tiene el sueño alterado. No deje que lo consuma la culpa; el perdón empieza por uno mismo. Evite coger frío. Su mirada desciende por la columna y

aterriza en Leo. Deje de correr. Un amigo inesperado acudirá a su encuentro. Es hora de aflojar los puños. Números de la suerte: el cuatro, el trece, el veintidós. Desconcertada, meneza la cabeza, aun así sigue hasta Acuario, su signo, el único al que no pide milagros. Está usted tratando de hallar el equilibrio en un mundo nuevo. No tema; los fantasmas existen, pero no le desean nada malo. Encuentre su lugar. Sus colores son el verde y el azul. Gloria busca el nombre del astrólogo sibilino y tan acertado a la vez. El padre Pontchartrain, lee en lo alto de la página. La bombilla parpadea y luego se apaga. La electricidad ha vuelto a fallar.

Se levanta de la cama improvisada que se ha hecho en el salón. Seguro que arriba todavía queda un colchón más decente que ese sofá hundido y cubierto de manchas. Pero Gloria no se decide a subir. En la calle, las farolas están todas rotas y la oscuridad es densa como el agua de un pozo. Aunque no distinga gran cosa, está segura de que fuera hay movimiento. Algo así como un frunce en el espacio, un sobresalto en el tiempo liso de la noche. Los perros callejeros ladran. Ella piensa en el consejo que le dio Eunice, sobre el arma de fuego. Piensa en todas las historias que ha oído sobre Fort Detroit y en las que no ha oído. Cuando empiezas a prestarles atención, esos relatos se suceden como una ristra de pañuelos extraídos de la manga de un mago. La ciudad de los disturbios, de las quiebras, de las injusticias y de

las balas perdidas, la ciudad de los maleficios, de los pirómanos, de los *poltergeists*. Gloria apoya con fuerza las manos en el cristal, como para impedirles el paso.

Al otro lado de la calle, una casa en ruinas parece toser en la oscuridad. De repente resuena un chillido. Al principio lo confunde con una risa agria, si bien podría tratarse de un chirrido. Luego el silencio vuelve a recubrir la noche. Es probable que solo fuera una viga que se ha comado, vestigios que han cedido. En el lugar de donde ella viene, a las casas se les pone nombre y, una vez bautizadas, no se derrumban ni se vacían. ¿Cómo se llama esta?, se pregunta mientras escucha los crujidos que descienden a toda velocidad del piso superior. Pero enseguida se tapa los oídos. No quiere oír la respuesta de los fantasmas.

La mañana es cruda, como si el aire del congelador se hubiera adueñado de la casa durante la noche. Gloria ha aprovechado el apagón para descongelar lo que se había convertido en una cueva glaciár impenetrable. Una vez liberado de la costra de escarcha, el congelador pierde su aspecto cavernoso y todo su misterio. Apesta a freón y absorbe los sonidos. Gloria mete la cabeza en él y lanza un: «¡Oh!». Su voz queda atrapada en pleno vuelo. Murmura: «Cassandra, Mathilda». Las palabras desaparecen, aspiradas por el vacío. Como sus dos nietas.

«En la cumbre de su arte, con una prosa profunda y exuberante salpicada de diálogos en un dialecto inventado, Catherine Leroux nos muestra un mundo donde la naturaleza florece a pesar de todo, donde las leyendas cobran vida y donde reina el realismo mágico.»

Josée Lapointe, *La Presse*

«[Catherine Leroux] despliega un universo muy sombrío [...] pero decide instalar luz en él. Una novela densa.»

Marie-Louise Arsenault, *Plus on est de fous, plus on lit !*

«Pese al sufrimiento y el horror, pese a la precariedad, la novela está preñada de esperanza, luz y bondad y deja la puerta abierta a una forma de reparación entre las distintas generaciones.»

Anne-Frédérique Hébert-Dolbec, *Le Devoir*

«Catherine Leroux nos ofrece una nueva novela rica en matices. La escritora es toda una maestra en el arte de crear atmósferas singulares en cada uno de sus libros. En medio del dolor y la alegría, el odio y el amor, describe el paso de la infancia a la edad adulta y la esperanza ante un futuro incierto, todo ello con un lirismo cautivador.»

Billy Robinson, *Les libraires*

«Tiene una manera única de narrar, un sentido de los engranajes dramáticos muy pero que muy aguzado. [...] Les recomiendo encarecidamente que lean a Catherine Leroux.»

Tristan Malavoy-Racine, *Voir*